



Una inquietud global: ¿puede desaparecer un idioma?

El peligro de la desaparición de los idiomas es una problemática que atraviesa el mundo entero. La lengua alemana sufre en particular esta amenaza, lo que genera una preocupación en los germanohablantes de todo el planeta. Se trata de un interrogante que va más allá de lo idiomático: es un grave problema cultural.

| Por la Trad. Públ. **Marta Rojas**, integrante de la Comisión de Idioma Alemán |

Actualmente, se habla de la desaparición de especies, de la extinción de animales y plantas, pero no de idiomas. No hace mucho se mencionaba la escalonada desaparición del idioma alemán. Pero no solamente en Alemania, sino en el mundo. ¿Causas? En Alemania se trata de justificar con la baja natalidad, con la fuerte afluencia inmigratoria y, por supuesto, con la globalización. Asimismo, la cada vez más reducida presencia del idioma alemán en el resto del mundo residiría en la complejidad de su aprendizaje y, por ende, la inclusión rápida de anglicismos que lo simplifican velozmente.

Específicamente en América Latina y la Argentina, la causa estaría en la falta de la inmigración alemana que alguna vez tuvo una destacada relevancia y, por otra parte, en el costo económico que implica estudiar este idioma.

Finalmente, otro factor que influye en todo el mundo es la informática. Esto significa que las dudas idiomáticas o lingüísticas pueden ser saldadas inmediatamente a través de sitios de Internet.

En el ámbito federal o nacional, el idioma alemán peligraría concretamente por un flujo enorme de participación de la lengua anglonorteamericana e internacionalmente es cada vez más desplazado. En los mismos países

germanohablantes, este idioma se utiliza, por una parte, cada vez menos en la ciencia, en la economía, etcétera; y, por otra, en general, en las conferencias.

La demanda de este idioma está retrocediendo en el mundo, cuando se observa que la cantidad de alumnos está decreciendo, cuestión que no solamente influye en la política exterior, la política económica y cultural de Alemania, sino también en el mercado laboral para los graduados en germanística en varios países. Muchos profesores de alemán (y, paso a paso, ya los germanistas universitarios) temen por sus lugares de trabajo y sus proyecciones profesionales.

Los intelectuales alemanes analizan seriamente las causas de la cada vez menor difusión de su idioma. Afirman que en ningún otro idioma se traduce tanta literatura de otros pueblos y las editoriales no han quebrado, señal de que los libros se venden y se leen. Es decir que Alemania fue abierta a las culturas del mundo. A veces, se preguntan si no los perjudicó el hecho de que sus poetas y pensadores, al visitar los países vecinos o trabajar en ellos, se sintieran como en su hogar. Por ejemplo, ¿los ha perjudicado el hecho de que Kant y Herder enfatizaran en todo el mundo el significado del idioma lituano para las ciencias humanísticas? Herder decía que el genio de un pueblo se evidenciaba en

nada mejor que en la fisonomía de su discurso. Según ellos, en la diversidad de sus genios está la fuerza de la cultura alemana.

Esa cultura que incluye simultáneamente el idioma es lo que estos últimos están dispuestos a defender. Es así como se creó en 1997 en la ciudad de Dortmund la Asociación del Idioma Alemán. El fundador fue un matemático y economista, el profesor Dr. Walter Krämer, y está compuesta por treinta mil miembros, cuyas edades oscilan entre nueve y noventa y nueve años. Los miembros provienen de diferentes niveles sociales en Alemania y en el extranjero (catorce mil miembros son extranjeros y provienen de más de cien países). Son imparciales y trabajan con otras organizaciones europeas —también fuera del espacio germanohablante—, siempre y cuando tengan como meta conservar la diversidad idiomática y cultural en Europa sin perseguir fines nacionalistas ni acercarse al purismo idiomático.

A principios de 2007, el señor Manfred Schröder, encargado de relaciones exteriores de esa asociación, visitó el Colegio de Traductores Públicos de la Ciudad de Buenos Aires. En esa oportunidad, nos manifestó su preocupación por esta situación y la definió como dramática. Nos explicó que para hacerle frente a esta tendencia en el idioma se decidió una política para proteger a la lengua. En forma



parecida se procedió en Polonia, Francia, Canadá y otros países. Schröder nos aclaró que se trata de cien millones de germanohablantes con el alemán como lengua madre en todo el mundo y, a su vez, de otros setenta millones que estudian el alemán como idioma extranjero.

Aquí en la Argentina, con aproximadamente un millón de descendientes de alemanes, se atraviesa una situación similar. A pesar de haber escuelas, asociaciones e institutos, ya no se estudia el idioma alemán como antes. Muy pocos lo hablan correctamente, otros lo alternan con palabras en inglés, porque les resulta más fácil. La última de las causas es lo oneroso que es estudiar este idioma, incluidas las clases y los materiales (libros, CD, diccionarios). Por otra parte, el tiempo de aprendizaje es más largo que en el caso de otras lenguas. Por ese motivo, se recurre a idiomas más prácticos, masivos y, por lo tanto, más económicos.

Dada esta realidad en nuestro país, también disminuye la cantidad de docentes de alemán y, ergo, la cantidad de traductores de este idioma.

Por eso, tanto en el caso del alemán como en el de otros idiomas menos masivos, habrá que enfatizar el tema de la identidad. Esta palabra tan ligada al idioma, que no puede extinguirse debido a que la globalización ha logrado «arrasar» con muchas identidades y, por ende, con idiomas. No hay peor desánimo para un pueblo que perder su identidad. Comparemos este hecho con la pérdida de la personalidad de un ser humano por la imposición de otra.

La palabra *identidad* encierra una serie de características, como lengua,

costumbres, tradiciones, religiones, etcétera. No puede desaparecer y, para que la identidad y el idioma no se extingan, hay que emprender una ardua tarea.

Tampoco se quiere llegar al purismo idiomático, como lo he expresado al principio; es decir, es impensable que la palabra *recycling* pueda ser reemplazada por la palabra alemana *Wiederverwertung*, al igual que otras palabras en inglés ya hace años instaladas mundialmente, como *fair*, *trainer*, *doping*, *slang*.

Pero sí continuemos utilizando, por ejemplo, *navidad* como *Weihnachten* en alemán, en lugar de la palabra inglesa *X-mas*. La palabra *Weihnachten* proviene de *weihe*, que significa 'consagrar' o 'bendecir' y, por supuesto, con una cultura y tradición religiosa incluida. La palabra *X-mas*, del inglés antiguo o tardío, significa 'misa de Cristo', que seguramente tendrá también su tradición que justifique esta denominación.

Si bien las diferencias culturales a veces pueden ser mínimas, en todos los idiomas hay palabras, expresiones, modismos irremplazables, porque conllevan una raigambre cultural muy fuerte para ser trasladadas a otra lengua.

De allí que, en el caso particular de la lengua alemana, se han perfilado dos caras diferentes frente a la traducción, aunque no opuestas en cuanto a su ejecución: esto implica el traslado o la transferencia de lo dicho de una lengua a otra y su interpretación.

La figura del traslado (en latín *translatus* y en alemán *übertragen*) es la de llevar de un lugar a otro, es decir, el traslado

a otro país, a otra cultura, con el fin de encontrar cierta correspondencia de nuestra lengua con el original, la palabra o la idea adecuada que deseamos trasponer a ese otro lugar al que llegamos con el traslado y lo traducido. Es decir, la traición de la cual se acusa a los traductores (*traduttore tradittore*) sería un hecho menor, pero sí es importantísimo para no acudir a una lengua extranjera: el «cómo» y no el «qué». El «cómo» porque constituye mi modo (mi idioma) de percibir el mundo y en este ámbito encontramos la importancia de las palabras; no se trata de que *casa*, *Haus* (en alemán), *house* (en inglés), *maison* (en francés) signifiquen cosas diferentes, sino de que su diferenciación procede del «cómo» fueron acuñadas esas significaciones, cómo son captadas, vividas en la percepción y dimensión que constituye cada lengua y que definiría algo así como el estilo, que es la señal que sigue a una traducción ante cada original.

Finalmente, quisiera enfatizar no solamente la protección del idioma alemán, sino también defender otras lenguas, aunque no estén en vías de extinción. El hecho de utilizar como «comodín lingüístico» a otro idioma, como en la mayoría de los casos al inglés, provoca un desprestigio de ese idioma, porque bien sabemos cuánta dedicación, conocimiento y cultura se necesita para saber un idioma.

Por eso, quisiera apelar a traductores, profesores de lenguas, lingüistas, filólogos, etcétera, para que con nuestro perfeccionismo acérrimo, basándonos en la identidad y en la semántica, podamos evitar, además de la «haraganería lingüística» (tal como lo denominó en otra publicación una colega de inglés), la extinción de un idioma. ■